

## Comentario: Stefano Cirillo (2018)

Agradezco mucho al Dr. Canevaro (o sea a mi buen amigo Alfredo) la estupenda posibilidad de comentar ese diálogo que él hizo con mi Maestra hace muchos años: leerlo me ha proyectado atrás en el tiempo de mi juventud.

He conocido la Profesora, como estaba acostumbrado a llamarla, en el 1970, cuando muy jovencito había empezado con una mezcla de entusiasmo y temor el Máster en Psicología a la Universidad Católica de Milán, donde en el segundo año la he tenido como profesora de Psicoanálisis. El año siguiente, 1971, fui testigo de uno de sus famosos “cambios de rutas” de los cuales habla en este diálogo. Al regreso de un viaje veraniego a Palo Alto nos dijo, a nosotros, alumnos: “Tiren a la basura todas las notas de mi clase del año pasado, están todas equivocadas, olviden el psicoanálisis, hay que cambiar el enfoque teórico de forma radical”. Y así empezó a enseñarnos la terapia sistémica y a transmitirnos su entusiasmo. Invitó también a venir a Watzlawick que difundía el nuevo paradigma de una forma muy convincente.

El otro cambio al cual se refiere al final del diálogo ha tenido un impacto aún más importante en mi vida profesional. Acabado el Máster, ya era psicólogo, pero todavía no terapeuta y me ilusionaba mucho que “la Selvini” hubiera fundado en Milán una Escuela de terapia sistémica que en esa época no existía. Y cuando en 1978 sus compañeros Luigi Boscolo y Gianfranco Cecchin la abrieron de verdad, entonces me inscribí de inmediato con mucho entusiasmo. Muy pronto entendí que la Profesora no estaba implicada en la enseñanza y que además había interrumpido su colaboración con Boscolo y Cecchin, justamente después la publicación del artículo *Hipotización, neutralidad y circularidad* del cual aquí habla.

¿Qué había pasado?

Pueden imaginar que el trabajo de terapia familiar gestionado por un equipo de cuatro terapeutas durante más de tres horas para cada sesión, cómo se explica en el volumen *Paradoja y contrapadoja*, no podía ser rentable, como lamentablemente nunca lo es el trabajo de investigación. Por eso los dos hombres del equipo, que tenían familias propias con hijos, decidieron abrir una escuela, siendo la formación mucho más rentable que el trabajo clínico. Mara entendía muy bien las exigencias de sus amigos y el divorcio de ellos no significó para nada la ruptura de la estima y de la amistad. Simplemente no estaba de acuerdo con su decisión: la terapia sistémica, decía, es demasiado joven y necesita otros años de estudio e investigación antes de que podamos empezar a enseñarla, con el riesgo de codificarla de una forma rígida y prematura. Su postura se puede observar también en el diálogo, cuando habla de los “años y años de duro aprendizaje (...) relacionados siempre con el trabajo de investigación” y más adelante cuándo niega que la terapia familiar sea “algo ya listo, de lo cual se debe solamente aprender la aplicación”.

Entonces Mara se fue del Centro para el Estudio de la Familia con la otra mujer del equipo, Giuliana Prata, y fundó el Nuevo Centro para el Estudio de la Familia. Y este cambio ha sido mi extraordinaria fortuna, porque tres años después decidió ampliar el equipo e integrar su hijo Matteo, e invitó a Annamaria Sorrentino y a mí mismo, que ya estábamos trabajando con Matteo, a acompañarlos en el trabajo clínico.

Pueden imaginar que como equipo era muy raro: una mujer famosa, poderosa, exigente, bastante mayor (en aquel año 1982 tenía 66 años, lo mismo que mi padre), su hijo de 27 años, con muy poca experiencia pero sin embargo muchos conocimientos y la valentía necesaria para colaborar con una madre formidable, y Annamaria y yo, con 35 años, muy amigos, tímidos e inseguros, que

1 Entrevista a la Dra. Mara Selvini-Palazzoli (realizada en Milán, 1980; Buenos Aires, Argentina, Ed. ACE L.R.L., 1980).

siempre llamábamos a “la Selvini” Profesora y ella nos trataba de Usted. Difícil apostar al éxito de un equipo tan desequilibrado: me acuerdo muy bien un día que ella nos dijo, de una manera muy perentoria: “La vida de cada equipo dura mediamente cinco años” y Annamaria le respondió, con mucho respeto pero también con cariño: “Pero Profesora, nosotros somos personas muy fieles”. Y así ha sido, hemos tenido una larga trayectoria común, con dificultades importantes al principio, pero de la cual todos hemos disfrutado muchísimo, los jóvenes aprendiendo todo y aprovechando de la gran generosidad de la Maestra que nos ha permitido un éxito profesional que nunca habríamos podido esperar, y la Maestra disfrutando, sobre todo cuando enviudó y nuestra relación se convirtió en mucho más cercana, con nuestra presencia devota y afectuosa.

¿Qué hemos aprendido, con respeto a los temas que Canevaro aborda con sus preguntas? Antes de todo, como ella misma lo dice, “una disciplina de trabajo muy precisa”: tratábamos solo cuatro familias por semana, desde el lunes hasta el miércoles, siempre tratándolas en equipo de cuatro (más allá de tres), con una larga reunión de equipo el lunes por la mañana. Mara exigió que cada uno de nosotros trabajara en otro lugar con otra clientela, para salir de este rol de joven y no experimentado. Yo por ejemplo elegí trabajar con las familias y después con el maltrato, y la Profesora me animó a escribir sobre mi experiencia siendo así que he publicado mis libros.

La disciplina rigurosa también la aprendí en la necesidad del trabajo en equipo: ella solía decir que en su larga práctica nunca había recibido a una familia a solas, y yo hice (y hasta ahora hago) lo mismo.

Además he aprendido a escribir el verbal de cada sesión como siempre lo hizo ella, y a discutirlo en la puntual reunión de media hora antes de la sesión siguiente. Aunque ahora yo siempre escribo (habitualmente el domingo) todas las sesiones individuales de la semana (las familiares las escriben los colaboradores gracias a la grabación) sin tomar notas durante la entrevista para estar más presente con el paciente.

En el diálogo ella menciona los “métodos apropiados de conducción de la sesión” y para enseñarnos estos métodos no eran en absoluto indulgente, era en cambio muy severa y exigente, porque decía que la familia tenía el derecho de recibir una prestación excelente. Me acuerdo muy bien que durante la sesión mi percepción corporal no estaba concentrada en el tórax o en el vientre, que estaban dirigidos hacia los pacientes, si no más bien en la espalda, en la cual percibía la mirada aguda y juzgadora de la Profesora detrás del espejo. Ella no solo nos proponía las líneas para conducir la entrevista y los objetivos de la misma, sino también las palabras específicas que teníamos que utilizar.

Me permito contar una anécdota divertida. Un día yo era el terapeuta directo, y entonces a solas en la sala, con una familia de una chica anoréxica, que pertenecía a la buena burguesía de Milán: madre muy elegante y refinada, con sus perlas al cuello, tres hijas silenciosas y serias, y un padre que me parecía muy severo y distante, y que no intervenía en estas “cosas de mujeres”. La Selvini me llamó para una pausa, como pasaba habitualmente, y me explico que tenía que empujar al señor a implicarse más en la dinámica familiar, y por eso me ordenó regresar a la sala, dirigirme a él y decirle: “Usted tiene que poner los cojones en la mesa, si quiere ayudar a su hija”. Pero yo no me atrevía en absoluto a dirigir palabras tan vulgares a un señor frente al cual sentía algo de temor y proponía otras expresiones con el mismo sentido, pero menos contundentes. Nada que hacer: para ser desafiante y por lo tanto eficaz, “cojones” tenía que decir y “cojones” al final me resolví a decir (estaba muy clara la tácita alusión que si no lo hubiera hecho esto iba a significar que a quien le faltaban dichos órganos era a mí).

El otro concepto de la entrevista sobre el cual quiero hacer hincapié es la crítica del psicoanálisis, cuando afirma “que hay que inducir las familias “a hacer” antes que “a entender”, porque el *insight* en sí, no sirve de nada, en todo caso puede ser útil *después* de una experiencia reveladora”. Esa raíz conductual de la terapia familiar hoy en día casi se ha perdido, rituales y prescripciones de conducta se han vuelto muy raras (justamente Canevaro creó el muy famoso ejercicio de la mochila que propone hacer algo mucho más poderoso que un montón de palabras). Quedan solo, a nivel fáctico, las convocatorias: en esta época en la cual todos hemos abandonado protocolos rígidos (al

principio, convocar siempre todos los familiares que convivían, en una serie fija de diez sesiones, después la división en subsistemas, padres y fratria, como en la prescripción invariable creada por Palazzoli Selvini y Prata). La flexibilidad nos impone decidir cada vez a quién citar a la sesión siguiente. De una forma implícita y por eso más potente, ese mensaje transmite la territorialidad del problema, es decir quién tiene que ver con él, y al mismo tiempo indica dónde podemos encontrar recursos para solucionarlo. Para concluir, es preciso subrayar dos ideas en la entrevista que me parecen superadas: la primera es que “el psicoanálisis estudia la relación diádica, mientras que el modelo sistémico empieza, como mínimo, en la tríada”. Esta posición es responsable del retraso con el cual nuestro grupo integró en su forma de pensamiento la fundamental aportación de los estudios sobre el apego, percibido precisamente como diádico y por lo tanto equivocado.

La segunda es la comparación entre la familia y la calculadora electrónica. El origen del paradigma sistémico en la cibernética, tan revolucionaria, ha tenido la desventaja de olvidar las vivencias y las emociones, para solo concentrarnos en los mensajes entre los miembros del sistema. Hoy en día no solo los sentimientos de los pacientes tienen derecho a ser cuidadosamente tomados en cuenta, sino también las vivencias contratransferenciales del mismo terapeuta, que pueden ser preciosos indicadores del funcionamiento de su paciente.

Me parece que Mara podría estar contenta al ver que el cuerpo de su modelo todavía queda bien vivo y es entonces capaz de evolucionar, y no rígido e inmóvil como algo muerto y petrificado.

**C.-** Doctora Selvini, quisiera saber cómo llegó usted a la terapia familiar.

**SP.-** Es una larga historia... Mi vida siempre se caracterizó por cambios imprevistos de ruta. Después de recibirme de médica en la facultad de Milán, no tenía ninguna intención de dedicarme a la psiquiatría. Estaba ya terminando la especialización en Medicina Interna en la Clínica Universitaria de Milán, cuando encontré los primeros casos de paciente anoréxicos. Estos eran internados en las secciones de Medicina Interna con diagnósticos de insuficiencia hipofisiaria. Pero me di cuenta en seguida a través de sus comportamientos (como mentir, o esconder comida, etc.) que se trataba de fenómenos psíquicos. ¿Por qué no comían? Fue entonces en la esperanza de contestar a esta fascinante pregunta, que decidí ser psiquiatra y psicoanalista. No teniendo mucha confianza en la escuela psicoanalítica de Milán, elegí como maestro al profesor Gaetano Benedetti, de Basilea (Suiza) que es de origen siciliano. Con él hice el *training* psicoanalítico y escribí numerosos artículos y un libro sobre casos de anorexia mental que había tenido en tratamiento. Con el Prof. Benedetti había empezado en el 1950. Mi primer libro *-la anorexia mental-* se publicó en Milán en el año de 1963.

**C.-** Siempre psicoanálisis individual...

**SP.-** Sí, individual. Hasta el año de 1967. Pero mi crisis como psicoanalista se había manifestado en los años 1964/1965, cuando empecé a leer los trabajos de la escuela de Palo Alto y también las búsquedas de Lyman Wynne y Thaler Singer que estudiaban minuciosamente los disturbios de la comunicación en las familias con pacientes esquizofrénicos. Me convencían cada vez más de que el psicoanálisis era inadecuado como instrumento terapéutico, y además socialmente privilegiado. Sin embargo, a mi modo de ver, es bueno que se me haya considerado una buena psicoanalista y haber podido demostrar a través de mis escritos, conocer a fondo el psicoanálisis. Es bueno en cuanto los terapeutas de familia son a menudo acusados de ser tales por haber fracasado como psicoanalistas y por no haber estudiado y comprendido lo suficiente el pensamiento psicoanalista.

Otro prejuicio muy difundido es que la terapia familiar es una terapia superficial con respecto a la terapia profunda, que es la psicoanalítica.

Este prejuicio puede ser fácilmente contradicho por nuestros *follow-up*. Yo pude rever muchos casos de pacientes anoréxicos curados en terapia familiar en el curso de pocas sesiones.

Volví a ver ex pacientes a 6/7 años de terminada la terapia familiar. Bien, ellos presentan una evolución psico-social muy superior a la de los pacientes tratados con psicoanálisis individual. Estos últimos mantienen casi siempre una cierta obsesión por el peso, que yo denominé peso mágico, que de ninguna manera debe ser superado, y mantienen además muchas notas neuróticas. Con la terapia familiar, por el contrario, que consiste esencialmente en la ruptura de un juego encarcelador y repetitivo, su desarrollo va en continuo ascenso.

Volviendo a mi historia, fue entonces en 1967 que resolví un nuevo cambio de ruta. Dejé de practicar el psicoanálisis individual para convertirme en terapeuta de familia. Fundé en Milán el centro para el estudio de la familia, y mi primer *équipe*. Pero encontré la grandísima dificultad de la elección del modelo conceptual, desde 1967 hasta 1971 seguimos trabajando con un método en el cual predominaba nuestra formación psicoanalítica. Tuvimos muchos fracasos.

**C.-** ¿Con las familias?... ¿Quiere decir que usted no pudo aplicar la teoría psicoanalítica a la terapia familiar?

**S. P.-** Precisamente. Fue un fracaso tras otro, tanto con parejas como con familias. En 1971 dije "Basta. Tenemos que adoptar a teoría general de los sistemas y la cibernética y mantenernos a cualquier precio coherentes con el modelo preelegido". Fue un periodo dramático; en el *équipe* hubo luchas que perturbaban ulteriormente nuestro trabajo con las familias. Finalmente, después de

innumerables frustraciones y sufrimientos por todos nosotros, en 1972 disolví el primero equipo, y formé el equipo actual, con los Dres. Luigi Boscolo, Gianfranco Cecchín y Giuliana Prata. Nos habíamos unido con la decisión de aplicar rigurosamente el modelo sistémico. Pero fue muy difícil. Es realmente un enorme esfuerzo liberarse de los propios condicionamientos mentales para adquirir el modo de pensar sistémico. En 1972 y 1973 llamamos al Dr. Paul Watzlawick para exponerle las dificultades de nuestro trabajo. Le estamos muy agradecidos porque nos ayudó y nos alentó mucho. En 1973 nos dijo que no lo necesitábamos más y que teníamos que seguir por nuestro camino, continuando la búsqueda de modos originales de intervención. Fue en esa época que empezamos a elegir los “rituales familiares” y las intervenciones sistémicas paradójales. Además del tratamiento de numerosas familias con pacientes anoréxicos, empezamos también el tratamiento con familias con pacientes esquizofrénicos agudos, niños y adolescentes. Establecimos también una disciplina de trabajo muy precisa. Tratábamos a cuatro familias por semana, con un trabajo *part-time*, desde el lunes hasta el miércoles. Durante los otros días de la semana mis colaboradores tenían que trabajar como profesionales, para ganarse el pan cotidiano.

Nuestro centro, en efecto, es y será independiente y privado, para mantenerse libre de cualquier presión de tipo administrativo y político. Esta libertad nos permitió también no poner límites de tiempo a nuestras discusiones o la revisión de *tapes* para la búsqueda de errores. Esto último es un instrumento fundamental para progresar.

Otra contribución original nuestra fue el largo intervalo de tiempo (por lo menos un mes) que hemos decidido interponer entre una sesión y la otra. Este intervalo tiene una base precisa en la teoría sistémica: se necesita un lapso de tiempo bastante largo para que un sistema como la familia pueda elaborar un *input* terapéutico desarrollando cambios observables. Más recientemente, precisamente, después de la publicación del volumen “Paradosso e Controparadosso” (1975), hemos disminuido nuestro esfuerzo de búsqueda centrado en las intervenciones para dedicarnos mayormente a refinar métodos apropiados de conducción de la sesión para obtener de las familias el máximo de informaciones útiles. Tales métodos están inspirados en la nueva epistemología propuesta en las ciencias humanas por Gregory Bateson, que es a mi juicio el mayor maestro en este modo de pensar radicalmente innovador. Hemos publicado los resultados de esta nuestra más reciente búsqueda en un artículo que será publicado en la Revista *Family Process* (Título: *Hypotisation, Circularity, Neutrality; Three Guidelines for the conduction of the sesión*).

**C.-** ¿Qué puede decirme ahora sobre su pasado de psicoanalista? ¿Cómo lo ve? ¿Lo considera útil, inútil o dañino?

**S.P.-** Considero que fue útil, porque me acostumbró a no tenerle miedo a los pacientes a estar siempre muy atenta a lo que está sucediendo en la relación conmigo, a conocer bien mis contradicciones, a relacionar siempre cuánto sucede en la sesión con relación a la sesión anterior, a buscar siempre mis errores en lugar de culpar del fracaso a la resistencia de las familias.

Mas es también cierto que el modo de pensar psicoanalítico volvió muy difícil la adquisición y la aplicación del método sistémico. La tentación de interpretar, de ser de algún modo didácticos, es siempre fuerte. Pero estoy cada vez más convencida que hay que inducir las familias “a hacer” antes que “a entender”. El *insight*, en sí, no sirve de nada, en todo caso puede ser útil *después* de una experiencia reveladora.

Entre el modelo psicoanalítico y el sistémico hay un enorme salto conceptual. No puedo ahora prolongarme. Más para mí la diferencia fundamental es la siguiente: el psicoanálisis estudia la relación en la díada, mientras que el modelo sistémico, empieza como mínimo en la tríada. Estudia la complejidad de una organización relacional que involucra *simultáneamente* varias personas. En esta organización relación cada comunicación, aunque aparentemente intercambiada, entre dos interlocutores, involucra significados diversos para todos los miembros de un grupo natural, en nuestro caso la familia, y es una comunicación directa del juego familiar.

**C.-** ¿Qué piensa usted de la reciente expansión de la terapia familiar, del movimiento europeo de la terapia familiar?

**S.P.-** El movimiento de la terapia familiar nació en los Estados Unidos en los años 50. En Europa en ese entonces no existía prácticamente nada. En USA, hubo grandes pioneros, Ackerman por ejemplo. Pero Ackerman era un terapeuta carismático que sin embargo no tenía una base conceptual precisa. Para mí el principio de una conceptualización original y precisa, nació en Palo Alto, con el equipo dirigido por Gregory Bateson. La gran idea de Bateson surgió de su interés por la cibernética en su encuentro con Wiener. ¿Y cuál fue esta idea compartida también por sus valiosísimos colaboradores, desde Jay Haley a Don Jackson? En palabras simples, fue lo siguiente: una familia disfuncional, es una familia que puede ser parangonada a una calculadora electrónica rígidamente programada que repite y repite mecánicamente el mismo procedimiento. Si un terapeuta consigue entender cuál es el problema que vuelve disfuncional a esa familia o consiguiera encontrar el modo de cambiarlo, la familia inevitablemente cambiará, saliendo de los cepos que la ataban al juego repetitivo, pudiendo así evolucionar.

**C.-** ¿Tenemos todavía un par de minutos? ¿Qué piensa usted del movimiento actual de la terapia familiar?

**S.P.-** Pienso, que en sí, es el signo de una gran transformación, de un progreso cultural y social. Pero al mismo tiempo también veo un serio peligro paradójicamente ligado a su misma expansión. En peligro de que se convierta en una moda que atrae profesionales sin curiosidad científica, sin un auténtico espíritu de investigación, en la ilusión de que sea algo fácil, más rápido y fácil que convertirse en psicoanalistas. Sin embargo, es difícil, extremadamente difícil. Son años y años de duro aprendizaje y experiencia, relacionados siempre con el trabajo de investigación y de control riguroso de los casos tratados. Si se considera la terapia familiar como algo ya listo, terminado, de lo cual se debe solamente aprender la aplicación, se arriesga a llegar al descrédito completo.

**C.-** ¿Qué se podría hacer para impedirlo?

**S.P.-** Cada uno de nosotros es ciertamente impotente frente a los grandes fenómenos sistémicos. No se trata solamente de moda, sino también de frustración terapéutica, y de problemas económicos.

En lo que a mí se refiere, modestamente, pienso que el único medio que tengo es aquel de continuar investigando, inventando nuevos instrumentos para mejorar nuestro trabajo, no perdiendo ocasión de subrayar la extrema complejidad del tema y también los frecuentes errores que cometemos.

Quiero concluir con una anécdota. Mis compañeros de equipo que desde hace tres años se ocupan del *training*, me dijeron un día: “se nos presentan numerosos candidatos que tienen enormes dificultades para pensar de una manera sistémica... Y no entienden que esto no es un taller para las reparaciones de una familia, sino una escuela que encara un nuevo modo de pensar ¿Qué te parece si inauguráramos un curso para descorazonar el aprendizaje de la profesión de terapeuta de familia? ...

**C.-** Dra. Le agradezco mucho, ha sido usted muy amable.

**S.P.-** Yo le agradezco a usted, esta empática entrevista.